

LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN EN EL CONTEXTO CULTURAL ACTUAL

El propósito de la presente ponencia es poner de relieve la virtud de la religión, acorde con el pensamiento del Aquinate, confrontada con algunos aspectos de la situación cultural actual.

La virtud de la religión en Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás estudia la virtud de la religión como parte potencial de la virtud cardinal de la justicia. Recordemos que las partes potenciales de las virtudes cardinales dan origen a algunas especies subalternas de las virtudes morales, a las que se denominan derivadas o anejas. En particular, las partes *potenciales* de la virtud cardinal de la justicia son aquellas virtudes, no específicas, sino adjuntas a ella, que implican una ordenación de un sujeto a otro *-ad alterum-*, con respecto a la igualdad que la justicia exige o con respecto a la deuda que reclama la justicia. El Angélico menciona muchas virtudes potenciales a lo largo de la II-II de la STh qq. 80-120.

Cuando estudia la virtud cardinal de la justicia, analiza la virtud de la religión como aquella que inclina al hombre a dar a Dios el culto debido, como primer principio de todas las cosas¹. La religión tiene varios actos internos y externos. Los internos son dos: la devoción y la oración. Los externos son siete: la adoración, el sacrificio, las ofrendas y oblaciones, el voto, el conjuro y la invocación del santo nombre de Dios. Esta virtud implica toda la vida del hombre constituida como un acto de culto a Dios. Tomás recuerda la enseñanza de San Pablo: debemos ofrecer nuestras personas como una víctima viva agradable a Dios (Rom. 12,1). De tal manera que para él la religión no se resuelve solamente en el culto, sino en que toda nuestra vida sea un culto espiritual, un gesto de adoración y de ofrenda dirigida a la Santísima Trinidad.

Como señala Fray Pedro Fernández Rodríguez OP: “El Tratado de la Religión, en la *Summa Theologiae* de Santo Tomás, refleja la tradición de la Alta Escolástica y el contexto histórico de su tiempo, tanto en los actos virtuosos como en los vicios opuestos a la religión. Su valor es permanente, como testimonio del quehacer filosófico-teológico del siglo XIII, como manifestación del pensamiento medieval sobre el culto divino y como una doctrina que ha influido profundamente en la historia de la Iglesia. Santo Tomás justifica doctrinalmente

¹ II, II, q. 81,3, S. THOMÆ AQUINATIS Doctoris Angelici *Opera omnia iussu impensa que Leonis XIII* P. M. Edita. Cura et studio fratrum praedicatorum Romae 1882 sqq. *Summa Theologiae* T. IV-XII 1888-1906 III prólogo. Existe también, entre otras muchas, la edición manual de la *Suma de Teología* de la Biblioteca de Autores Cristianos que reproduce el texto crítico leonino la cual hemos consultado: Madrid, 1961. En adelante, STh.

las realidades culturales de su tiempo, creando una base científica y teológica del culto cristiano, cuyas intuiciones principales todavía no han sido superadas. La actualidad del Tratado de la Religión, en la sistematización de la *Summa Theologiae*, sigue todavía vigente, ayudándonos también en la hermenéutica de los nuevos movimientos religiosos y cristianos que han surgido en nuestro tiempo, inmediatamente posteriores al concilio Vaticano II².

Panorama religioso actual

Una reflexión teológica sobre la religión que quiera desarrollarse de manera realista bajo la luz del evangelio y de la experiencia humana tiene que considerar con atención los numerosos desafíos de la actual situación social y cultural frente al ejercicio de la virtud de la religión.

Es éste un ámbito inmenso de investigación. Con rasgos sumamente sintéticos es señalado así por el Concilio Vaticano II: “El cambio de mentalidad y de estructuras somete con frecuencia a discusión las ideas recibidas [...]. Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa. Por una parte, el espíritu crítico más agudizado la purifica de un concepto mágico del mundo y de residuos supersticiosos y exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante a la fe, lo cual hace que muchos alcancen un sentido más vivo de lo divino. Por otra parte, muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil. Es lo que explica la perturbación de muchos”³.

De este texto conciliar podrían destacarse, a título enumerativo y no taxativo, tres provocaciones fundamentales a la religión en la actualidad: el secularismo, el neognosticismo y el neo-pelagianismo.

Secularismo

Con una fórmula o categoría general y de conjunto que hoy se ha hecho ya habitual se tiende a definir la actual situación socio-cultural (al menos en occidente y como tendencia) en términos de “secularismo”. De este fenómeno, por otra parte sumamente complejo e interpretado de varias maneras, sólo se puede señalar que su

² Suma de Teología, T. IV, parte II-II (b) p. 7, BAC Madrid, 1993, pág. 7.

³ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, n° 7, BAC⁸, Madrid, 1975.

contenido fundamental parece ser la centralidad del hombre. El secularismo es una “edición” particular del humanismo y de manera específica de un humanismo tendencial e incluso efectivamente absoluto. El hombre es el centro de las ideas y de los hechos, el hombre con la propensión y con el hecho de una repulsa de Dios o bien de la naturaleza o del cosmos. El hombre secularizado tiende a considerar a Dios como un ser no necesario; el hombre adulto no necesita de Él.

Neo-gnosticismo y Neo-pelagianismo

Dados los límites de esta ponencia, nos detendremos especialmente en estas dos últimas. A su vez, cabría señalar que, atento al magisterio reciente del Santo Padre Francisco⁴ en *Gaudete et Exultate*, se indican dos desviaciones de la fe: el neo-gnosticismo y el neo-pelagianismo explicitados en el documento *Placuit Deo* de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe⁵. Estas transformaciones culturales ofuscan la confesión de la fe cristiana, que proclama a Jesús como el único y universal Salvador. Estas dos tendencias se asemejan, en algunos aspectos, a dos antiguas herejías, el pelagianismo y el gnosticismo, si bien es grande la diferencia entre el contenido histórico actual secularizado y el de los primeros siglos cristianos.

Como una primera aproximación puede decirse que el gnosticismo implica una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos⁶. En tanto, según la herejía pelagiana, desarrollada durante el siglo V alrededor de Pelagio: el hombre, para cumplir los mandamientos de Dios y ser salvado, necesita de la gracia solo como una ayuda externa a su libertad (a manera de luz, ejemplo, fuerza), pero no como una curación y regeneración radical de la libertad, sin mérito previo, para que pueda hacer el bien y alcanzar la vida eterna.

Procuraremos tratarlos a continuación con mayor detenimiento.

1) Neo-gnosticismo: Un cierto neo-gnosticismo, por su parte, presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo, que consiste en elevarse “con el

⁴ Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate*, Mensajero, Bs. As. 2018.

⁵ *Placuit Deo* <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2018/03/.../plac.html>. En adelante PD.

⁶ Consejo Pontificio de la Cultura — Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, *Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la “Nueva Era”* (enero de 2003), Ciudad del Vaticano 2003.

intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida”⁷. Se pretende, de esta forma, liberar a la persona del cuerpo y del cosmos material, en los cuales ya no se descubren las huellas de la mano providente del Creador, sino que ve sólo una realidad sin sentido, ajena de la identidad última de la persona, y manipulable de acuerdo con los intereses del hombre. En este contexto, cobra especial relieve el pensamiento y la práctica de la *Nueva Era*⁸ pues representa una corriente de pensamiento marcadamente gnóstico y que amerita un atento discernimiento cristiano.

El fenómeno de la *Nueva Era*, juntamente con otros nuevos movimientos religiosos, constituye uno de los desafíos más urgentes de la fe cristiana. Se trata de un desafío religioso y, al mismo tiempo, cultural: la *Nueva Era* propone teorías y doctrinas sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo, incompatibles con la fe cristiana. Además, la NE es síntoma de una cultura en profunda crisis y, a la vez, una respuesta equivocada a esta situación de crisis cultural: a sus inquietudes e interrogantes, a sus aspiraciones y esperanzas.

Como punto de partida, podemos definir la NE como una tendencia cultural arraigada en el esoterismo occidental del siglo 19 y popularizada en la segunda mitad del siglo 20, que se presenta bajo el signo astrológico de Acuario mitológico. La idea central, es que en la víspera del año 2000, la humanidad ingresó en una nueva era, presa de una conciencia espiritual de armonía y luz a nivel planetario.

La NE es una etiqueta común a una gran diversidad de movimientos y no es sencillo definir su doctrina. Sin embargo, tiene una matriz cultural común, con algunas ideas centrales, que se caracteriza por pensamientos esotéricos. Presenta estos rasgos: 1) El cosmos es visto como completamente orgánico; 2) Que está animado por la energía, que coincide con el espíritu divino; 3) Cree en la mediación de diversas entidades espirituales; 4) Cree en el ascenso del hombre a la esfera invisible superior y en la capacidad de controlar la propia vida más allá de la muerte (reencarnación); 5) Cree en una "eterna sabiduría" anterior y superior a todas las culturas y religiones; 6) Sigue a maestros iluminados. Se presentan como un “nuevo espiritualismo”.⁹ Nuevo, aunque muchas de sus ideas fueron tomadas de las religiones y culturas antiguas, quizás la

⁷ Francisco, Carta. Enc. *Lumen fidei*, n. 47 AAS 105 (2013), 586-587.

⁸ *Orationis Formas* Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana, Congregación para la Doctrina de la Fe, 15/10/89. Ed. Palabra, 1994. En adelante las referencias a Nueva Era, NE.

⁹ Osorio Goncalves, Teresa *Cristianismo y Nueva Era, cara a cara* <https://Zenit /es/ 2003/02/07./ html>.

novedad resida en la investigación consciente de una visión alternativa a la de la religión judeo-cristiana y de la cultura occidental que la inspiró. Espiritualismo concebido como una experiencia interior de armonía y unidad con toda la realidad, que sana al hombre de todos los sentidos de la imperfección y límite.

¿Cuáles son las principales diferencias que se apartan de la fe cristiana?

1. Por encima de todo, creemos en un Dios creador. Un Dios que crea libremente, por amor, y que crea un hombre libre. Dios no coincide con el mundo (panteísmo), ni el mundo emana de él. Por la gracia, la creatura participa de la naturaleza divina (Cfr. 2 Pe. 1,4).

Debemos recordar que el primer acto interno de la virtud de la religión es la devoción: “Devotio -dice Tomás- viene de devovere, y devoti son aquellos que de algún modo ofrecen a Dios su persona y una total sumisión”¹⁰. La devoción, no es un simple atractivo por las cosas de Dios, sino como el homenaje más profundo y absoluto de la criatura a su Creador. Ante Dios no cabe otra cosa que rendirse y, adquiriendo conciencia de nuestra dependencia desde el fondo del ser con respecto a Él, sumisión deliberada de nuestro querer. De este modo, el hombre entero es quien se somete a Dios.

La teología tomista, al emplear el término devoción, trata de señalar con mayor fuerza el carácter de don voluntario, de sujeción activa y resuelta implicada en tal acto, su aspecto de homenaje religioso.

Tomás la define admirablemente con breves palabras: *habere promptam voluntatem*¹¹, tener la voluntad dispuesta para todo lo que se refiere al honor divino. La devoción es, según esto, el principio que engendra todos los actos ulteriores por los que se realiza por nuestra parte “*el honor y servicio de Dios*”, siendo ya por sí misma el homenaje de nuestra voluntad. Estos mismos actos, trátense propiamente de actos de culto- o bien de otras virtudes morales inspiradas por la religión- no tendrán sentido religioso a no ser mediante ella. No hay nada en ello de oculto o perteneciente a un conocimiento superior, sólo para algunos iluminados, como manifiesta el gnosticismo.

2. Con Dios, Uno en esencia y Trino en personas, entramos en un diálogo a través de la oración. La oración no es el simple descubrimiento del "yo" más profundo, sino que presupone el encuentro de dos personas, en un estado de libertad, de adoración, de gratitud, de súplica. El Angélico asume como punto de partida de su reflexión una definición de Juan Damasceno: “La oración es la elevación de la inteligencia a Dios, o

¹⁰ Cfr. S Th, II-II q. 82, a.1

¹¹ Cfr. S Th, II-II qu. 82, a.2

la petición dirigida a Dios de cosas convenientes”¹². Esta definición, toma la idea de la oración como petición, como súplica.

Si la conversión es un don divino hace falta pedir esta gracia para todos los hombres. Así Tomás escribe: “Es nuestro deber orar por todos los hombres. La oración de plegaria es la intérprete de nuestro deseo. En la oración pedimos lo que deseamos. En efecto, la caridad exige que deseemos lo que es bueno para todos aquellos a quienes se extiende nuestra oración”¹³. Aunque no sabemos quiénes pertenecen al número de los predestinados, nuestro amor debe ser tan grande que roguemos para que todos sean salvados”¹⁴. Es un deber de caridad orar cuando se presentan tantos desvíos en la fe y las costumbres. El Doctor Angélico cita Ef. 4, 17: “Los gentiles viven en la vanidad de sus pensamientos, oscurecida su razón, ajenos a la vida de Dios por su ignorancia y la ceguera de su corazón”¹⁵. Practicaban el culto de los cuerpos celestiales¹⁶ y la idolatría llegó a ser una costumbre generalizada entre ellos¹⁷. Estos textos son plenamente actuales.

3. El sufrimiento y la muerte tienen un significado. Los seguidores de la Nueva Era no aceptan el sufrimiento y la muerte. La redención viene por ellos a través de las técnicas de la ampliación de la conciencia, a través del renacimiento, a través de los viajes a las puertas de la muerte, que se obtiene con un método que ayuda a la liberación mediante el aumento de las energías vitales. Para la fe católica, el sufrimiento, en unión con Jesús crucificado, que reveló su amor por el hombre en la cruz, es fuente de salvación. También la muerte es un acontecimiento único: no es el medio para otra reencarnación, sino el paso obligado para entrar en la vida eterna. La oración cristiana en el seguimiento del Señor, asume el sufrimiento, el dolor propio y ajeno, expresadas bellamente por los místicos, como por ejemplo, San Juan de la Cruz, en la noche oscura de la fe.

2) Neo-pelagianismo: PD lo expresa en los siguientes términos: “en nuestros tiempos, prolifera una especie de neo-pelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo

¹² Cfr. S Th, II-II qu. 83, a.1.

¹³ Super 1 Epistolam B. Pauli ad Thimoteum lectura, c. 2, l. 1. Corpus Thomisticum, Textum Taurini 1953 editum ac automato translatum a Roberto Busa SJ.

¹⁴ S Th II-II q.33, 2 ad 1.

¹⁵ Suma contra los gentiles I, c. 4. BAC, Madrid, 1952.

¹⁶ Ibid II, c. 3.

¹⁷ S Th I-II q. 100, 7 ad 4.

de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios”¹⁸.

Tenemos necesidad de la redención de Cristo, porque somos pecadores. La fe cristiana considera a la creatura, herida por el pecado original, con la ley del *fomes peccati*, necesitada de la Gracia del Salvador. En consecuencia, ninguna técnica de liberación, ningún poder de concentración personal, o armonización de la consciencia puede salvar al hombre. Nuestro único camino de salvación es a través de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

El neo-pelagianismo confía ciegamente en las fuerzas del hombre que puede salvarse por sí mismo, sin necesidad de la Gracia. Su horizonte es el activismo, un remedo de la actitud orgullosa de los fariseos que se justificaban delante de Dios por sus obras, no reconocían sus pecados y rechazaban la actitud del publicano que en su oración humilde pedía que Dios lo salvase. Ya enseñaba Tomás que no se puede cumplir el orden natural sin cumplir el orden sobrenatural¹⁹.

El neo-pelagianismo pone el acento en las virtudes naturales, en la propia actividad aun cuando se suponga que sea recta. El Papa León XIII censuró esta postura denominada americanismo²⁰.

La fe cristiana enseña, en cambio, la realidad del pecado. El Magisterio de la Iglesia es muy claro al respecto: “El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana”²¹. El Aquinate lo define como la aversión a Dios y la conversión a las creaturas²².

Conclusión

¿Cómo manifestar la virtud de la religión en medio de tantas interpelaciones culturales de variada índole que parcialmente hemos esbozado en esta ponencia?

¹⁸ PD n. 2

¹⁹ S Th, I-II q. 109.

²⁰ León XIII, *Testem Benevolentiae*, carta al Eminentísimo Cardenal James Gibbons sobre el “americanismo”, 22 de enero de 1899, ASS, vol. XXXI (1898-1899), pp. 470-479. Libreria Editrice Vaticana.

²¹ Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1849.

²² “[...] aversionem a Deo et conversionem ad bonum creatum”. S Th, III, q. 86 a. 4 ad 1.

Recordemos que los verdaderos adoradores de Dios deben adorarle en espíritu y en verdad (Jn 4, 23) y para alcanzarlo hace falta abrirse a la invitación que nos dirige, aceptar su mensaje y propagarlo en la misión evangelizadora de la Iglesia. La misión también debe contener siempre –como base, centro y, a la vez, culmen de su dinamismo– una clara proclamación que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios.

Es provechoso hacer hincapié una vez más, en que proclamar el nombre de Jesús e invitar a las personas a ser sus discípulos en la Iglesia, es un deber importante y sagrado, al que la Iglesia no puede renunciar. No en vano, Tomás cita la frase “Id y enseñad a todas las gentes” (Mt 28, 19) unas 70 veces en sus obras²³.

Tanto el individualismo neo-pelagiano como el desprecio neo-gnóstico del cuerpo deforman la confesión de fe en Cristo, el Salvador único y universal. He aquí todo un desafío en la misión de la Iglesia, en la diaconía de la verdad y en el ejercicio de la virtud de la religión.

Pbro. Dr. José Ignacio Ferro Terrén

²³ Elders, L. S. Tomás de Aquino. Conversaciones teológicas, IVE, Mendoza, 2008, pág.357.